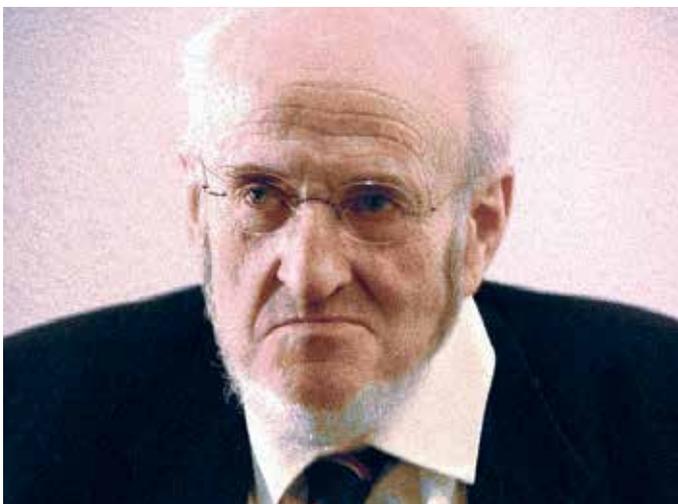


# Letrillas



Fotografía: Álvaro Pombo en el Ateneo Riojano / Wikimedia Commons.

## PREMIO CERVANTES

# Pombo y el interior del mundo

por **Lorenzo Rodríguez Garrido**

Dice Álvaro Pombo, que este mes recibe el Premio Cervantes, que el dinero es difícil de conseguir si eres escritor, pero basta un simple repaso a su trayectoria, sembrada de cuantiosos premios, para comprobar que él ha sabido ganarse la vida bastante bien, aunque su madre lo acusara de manirroto. Escritor de una

enorme prolijidad, a pesar de ser tardío (debutó en la narrativa en 1977 con 38 años y sus *Relatos sobre la falta de sustancia*; si bien es cierto que ya había dado pruebas de su condición de poeta), pareciera encarnar estas palabras: “Escribo, luego existo. Luego existe un mundo irrevocable por obra y gracia de mis palabras,

de las palabras, del verbo que se hace carne y habita en nosotros.” Son del narrador de *El hijo adoptivo* (1984), y sin duda transmiten un hecho vivencial, un anhelo de realidad y de pervivencia a través de la escritura. ¿Acaso no es eso, *existir*, lo que desea cualquier artista y cualquiera de nosotros? ¿Evitar vernos empañados por el odioso frío de la irrealidad?

La obra literaria de Álvaro Pombo me parece una lúcida protesta contra la trivialización del vivir, opina su amigo José Antonio Marina, a quien conoció en el colegio mayor, ambos recién llegados a Madrid. Esta “lúcida protesta” se divide deliberadamente en dos ciclos: el de la falta de sustancia y el de la realidad o, como el mismo autor prefiere, por tratarse de un concepto más filosófico, el de la religación. El primero finaliza con *Los delitos insignificantes* (1986), una de sus novelas más y mejor dialogadas, donde los diálogos, aparte de dar viveza a una trama que aun mínima —el título no engaña— no desvelaremos, sirven para desnudar el alma de dos personajes sumidos en la charca del fracaso; el segundo se abre con *El metro de platino iridiado* (1990), obra capital para entender su poética de la bondad. De la incomunicación y el pesimismo, de lo sombrío y fantasmal marcados por los pasos del Prufrock de T. S. Eliot (“Yo debí ser un par de garras desparejadas / escabullidas por el fondo de mares silenciosos”), que presiden unas narraciones no tanto realistas sino de “psicología-ficción”, a una literatura abierta, de aspiración ética, celebratoria, tocada por

el arrebató de Rilke, una incesante invocación de lo invisible. En resumen: alimentar la falta de sustancia con sustanciosas raciones de luz, como desea Simone Weil. O por lo menos intentarlo.

La obra de nuestro premio Cervantes es, digámoslo ya, una de las más profundas y originales en lengua española. Esta literatura del ego (no confundir con la autoficción ni nada parecido, aunque ambientes y personajes suelen estar sacados de su propia biografía), con un punto de partida ensimismado, indaga en los entresijos de los personajes, en sus ámbitos de luz y sombra, del bien y el mal, para desplegarse en un mundo de temas y de voces que amonedan el bajorrelieve de la condición humana. La atención que un ser humano presta a otro vale mucho, dice Pombo. Y toda su labor artística parece gobernada por ese noble empeño: la de poner oídos al corazón de nuestros iguales. Atención que logra su más alta expresión en el arte único de la novela. En este caso, ya lo hemos apuntado, se trata de una novela intelectual, que conjuga el análisis psicológico (*Las alas de las paloma*, de Henry James, es una de sus tres obras favoritas; las otras dos serían: *Los apuntes de Malte Laurids Brigge*, otra vez Rilke, y *El ídolo caído* de Graham Greene) y la reflexión filosófica en un desacomplejado existencialismo, sin miedo a internar la narración en especulaciones sobre la culpa, el pecado, la sexualidad, la falta de sentido, la insoportable levedad del ser, la temporalidad, la búsqueda de una ética propia y de una inconsciencia que nos eleve a cierta idea de santidad; por algo muchos de sus personajes son filósofos o miembros del clero; por algo sus novelas están llenas de referencias a pensadores como Kierkegaard, Sartre, San Agustín, Ortega y Gasset... El tratamiento de la homosexualidad, elemento primordial en Pombo, y su encaje con lo cristiano, lo aprendió

en *La campana*, la novela de Iris Murdoch que leyó una y mil veces en su larga noche londinense.

Todo este cúmulo de asuntos está expresado (la literatura es expresión, dice Croce por boca de Borges) mediante una prosa flexible y a la vez densa, personalísima, de carácter oral y dialógico, rica en matices lingüísticos, derivaciones, neologismos, coloquialismos, abundante en imágenes, en contrastes, en juegos de palabras, entreverada de humor, melancolía y lirismo. Aquí va una muestra de su pincel impresionista: “Compró el tabaco y bajó andando hacia la Ciudad Universitaria. Un gran atardecer de sol naranja, estrepitoso. Desde la terraza de la capilla de la Ciudad Universitaria se adivinaba el Guadarrama ardiente, embravecido por aquella gloria incruenta del bermellón, amorado y rosa, ríos rosas de polución azucarada, configuraciones de nubes estratificadas, momentáneas, como la instantánea ilusión de plenitud y acabamiento que Ortega vivía ahora mismo.”

Ya sea en Madrid o en su Santander natal (*Santander, 1936* se titula su penúltima novela, un nuevo y brillante ejemplo de acercamiento al otro sintetizado en un padre y un hijo con ideologías opuestas), a veces bautizada con el nombre de Letona, al aire libre o en el mundo interior de la casa, los personajes *pombianos*, como el humo que vomita la chimenea del tiempo, son muy dados a dejarse llevar, a perderse en lo etéreo de sus ensoñaciones. Y de fondo el mar. Siempre el mar. En la boca de Puertochico o entre los árboles del Retiro. El mar, el mar. Símbolo de plenitud. Su presencia inmutable, su respiración mitológica, el secreto de su abismo. Mar deseado y deseante. Ese mar pasado y futuro que nuestro Pombo ha logrado alcanzar en el presente. ~

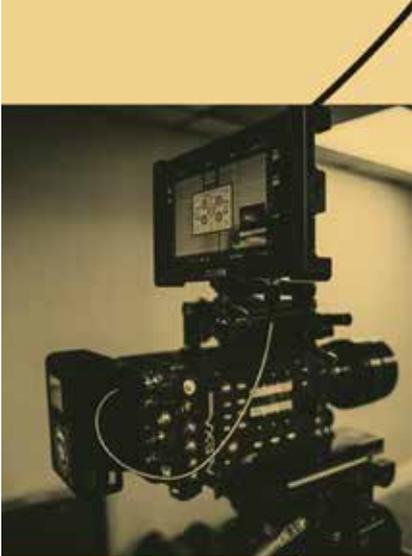
**LORENZO GARRIDO** ha sido periodista cultural. En 2023 publicó el poemario *Noticias del otro mundo* (Reino de Cordelia).

LETRAS  
LIBRES

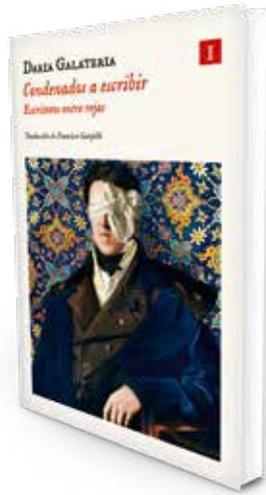
VISITA TAMBIÉN  
NUESTRO CANAL  
DE YOUTUBE.



YOUTUBE.COM/@LETRAS\_LIBRES



WWW.LETRASLIBRES.COM



## LITERATURA

## Escribir a pesar de todo

por **Zita Arenillas**

El verdugo que se encargó de decapitar al asesino múltiple y poeta Pierre François Laccenaire tenía el sobrenombre de Sansón: fue quien le cortó la cabeza, entre muchos otros, a Luis XVI y a María Antonieta. Durante el proceso judicial al que fue sometido por matar a un excompinche y a la madre de este, Laccenaire hizo gala de su petulancia: “Que quede claro que hablo de ‘alma’ porque nuestra lengua es pobre. A veces digo ‘Dios mío’, aunque Dios no exista.” Durante su última estancia en prisión antes de ser ejecutado escribió unas *Memorias (de un poeta asesino)*. Y se dedicó a ilustrar a uno de sus carceleros sobre qué leer y qué no: a Víctor Hugo le sorprendió, un día que fue a visitar los dormitorios de

los guardias de la Conciergerie, ver que el estante de ese carcelero estaba lleno de libros bien ordenados.

Laccenaire es uno de los 43 escritores que pasaron una temporada, o casi toda su vida, entre rejas de los que habla Daria Galateria, profesora de literatura francesa en la Universidad La Sapienza de Roma, en *Condenados a escribir*. Previamente la misma editorial, Impedimenta, publicó *Trabajos forzados. Los otros oficios de los escritores*. Ambos libros pueden considerarse peculiares manuales de historia de la literatura, pues se centran en unos determinantes de la producción literaria que, aglutinados en un solo volumen, ofrecen un punto de vista llamativo y original.

El primer escritor en pasar por la cárcel del que habla Galateria es Voltaire. Cuando fueron a arrestarle —por componer versos difamatorios sobre Felipe II de Orleans y el libelo *J’ai vu* (que en realidad no era suyo)— dijo que había escondido varios escritos “en el excusado”. El comisario Isabeau recurrió a la *Madame l’Intendante Merdière*, una figura con

**DARIA GALATERIA**  
**CONDENADOS A ESCRIBIR. ESCRITORES**  
**ENTRE REJAS**  
 Traducción de Francisco Campillo  
 Madrid, Impedimenta, 281 pp.

la que contaba toda casa parisina y que se encargaba de supervisar las letrinas del edificio. Resultado: Isabeau chapoteando “en un mar de heces” por culpa de un golpe de piqueta y ni rastro de ningún papel de Voltaire, quien acabó igualmente en la Bastilla, donde escribió, en los márgenes de los libros de Homero y Virgilio que solicitó, su poema épico *La Henriada*.

A Goliarda Sapienza, quien protagoniza el último capítulo, su madre, antifascista y defensora de los derechos sociales, le decía que solo se puede entender cómo funciona el mundo si pasas por un manicomio, un hospital o una cárcel. Sapienza estuvo en los tres lugares, en el último de manera premeditada: robó unas joyas en casa de unos amigos y dejó pistas para que la identificaran. Dijo que nunca había dormido tanto como en prisión, donde escribió *La Universidad de Rebibbia*.

De Voltaire a Goliarda Sapienza median unos dos siglos, así que Galateria tiene ocasión de hablar de muchos otros escritores, entre ellos el marqués de Sade, Dostoievski, Verlaine, Wilde, Marinetti, Genet, Wodehouse, Solzhenitsyn o Hamsun. Solo hay un español, Jorge Semprún, que le dijo a quien le encontró cuando liberaron Buchenwald: “¿Qué quieres que haga, ponerme yo también a cantar? ¿Y si canto ‘La paloma’?”; luego, efectivamente, canturreó en voz baja la canción de Iradier y Salaverri, pero en alemán. Son muchos escritores en total, y no son muchas las páginas de este libro, así que leyendo uno tiene la sensación de estar haciendo un *tour de force* (directamente proporcional al que habrá hecho la autora para meter tanta información en tan poco espacio). Habrá quien considere que

## Postales de mujer en llamas

por **Rodrigo Fresán**

La mujer que arde y quema se llama Eve Babitz y todos la conocen y muchos, claro, desearían no haberla conocido; porque acercarse demasiado a ella y entrar en su vida equivale a salir quemado. La magnética Babitz es casi un atractivo turístico de Los Ángeles y una suerte (por lo general mala) de leyenda urbana. Babitz es warholiana celebridad de quince minutos entre autopistas y playas y casas y canciones de Laurel Canyon. Nacida en 1943, padre reputado músico barroco, hermosa madre artista, Bernard Herrmann y Thomas Mann y Arnold Schoenberg y los Huxley son visitas habituales, Ígor Stravinski es su padrino (y le sirve su primer *scotch* a los trece años). Babitz, quien en 1963 posa desnuda jugando al ajedrez con Marcel Duchamp. Babitz amante de Jim Morrison y Harrison Ford (entonces carpintero y camello de marihuana para las estrellas) y de Warren Zevon y Steve Martin (a quien le impuso lo del traje blanco) y de Ed Ruscha y del cofundador de Atlantic Records Ahmet Ertegun y de Elio Fiorucci (a quien le dedicó todo un libro) y de la fotógrafa Annie Leibovitz y siguen las firmas sobre su cuerpo voluptuoso muy celebrado por sus pechos (sí: Babitz está obsesionada con Marilyn Monroe en tiempos en que se favorecen las siluetas más estilizadas de Edie Sedgwick y Jean Seberg). Babitz, quien diseña portadas para álbumes de Buffalo Springfield y Leon Russell y Linda Ronstadt y The Byrds, y se propone como cronista imprevisible para *Rolling Stone* en sus años dorados (en

es excesivo, demasiado rápido. Y es verdad que a veces abruma, y que requiere del lector unos conocimientos que exceden lo que se considera cultura general, pero es posible dar la vuelta a ese argumento: *Condenados a escribir* como una invitación a ir más allá y adentrarse en episodios de la historia que quizá se tengan olvidados o de los que no se sepa todo. Porque este libro pasa por la Francia de la Ilustración y su *Encyclopédie* (por cierto: su primer volumen está dedicado al ministro D'Argenson, el responsable de que Diderot pasara en la cárcel de Vincennes varios meses de 1749), el Imperio ruso o la Comuna de París, hasta, claro, los campos de concentración y el gulag. En cierto modo, el espacio cerrado de una cárcel se convierte en una cápsula del tiempo.

Es un libro ambicioso, y quizá se disfrute más leyéndolo poco a poco, consultando el índice como si fuera el menú de un restaurante y eligiendo el plato que más apetezca en el momento. Ni siquiera hay que respetar el orden cronológico: uno puede decidir empezar con Curzio Malaparte y luego andar hacia atrás hasta Kleist. Lo que no hay que tener es pereza y dedicar tiempo a solventar las dudas históricas que puedan surgir.

Además, Galateria es amena y divertida. Sabe contar con gracia la desdicha, hasta el punto de hacer olvidar que estamos hablando de prisiones. Me remito a lo ya contado sobre Voltaire y el “mar de heces”, pero podríamos añadir a Dino Campana, que “fue arrestado en Italia en tres ocasiones, siempre por el mismo motivo: su cara de alemán”. O cómo la astucia de Dostoievski durante sus interrogatorios exasperó hasta tal punto a los agentes que uno abandonó la sala chillando: “¡No quiero verlo nunca más!” O la manera en que Havel se las apañó para redactar sus cartas y sortear la censura del *Lager* de

Hermanice: “pronto se dio cuenta de que, si la redacción era lo suficientemente nebulosa, la censura no se percataba de nada. Si, por ejemplo, quería decir ‘régimen’, bastaba con escribir ‘el punto focal socialmente evidente del no-yo’, y la carta pasaba el examen. Naturalmente, algunos pasajes resultarían después totalmente ilegibles para el propio autor, quien más tarde se maravillaría de que alguien hubiese leído aquellas misivas, que las hubiesen publicado y que, una vez traducidas al alemán, se hubiesen vendido de ellas siete mil copias”. Galateria incluso consigue endulzar la locura extrema: Silvio Pellico “conversaba con las hormigas, a las que había alimentado suntuosamente desde su llegada [a Los Plomos, las antiguas prisiones ubicadas en el Palacio Ducal de Venecia] hasta reunir un par de batallones que le hacían compañía”.

A modo de detalle, son bonitas las referencias a cómo conseguían escribir estos escritores condenados, materialmente hablando. Diderot tuvo que usar mondadientes mojados en vino mezclado con polvo de pizarra. Verlaine escribió diecinueve poemas en el papel para envolver el queso, con una cerilla mojada en café. En Toszek, Wodehouse “aceptó que el *Lagerführer* le alquilara (por dieciocho marcos al mes) una máquina de escribir y un cuarto donde trabajar, que compartía con un saxofonista y un bailarín de claqué”.

La mejor manera de concluir la reseña de este libro, abrumador y simpático a partes iguales, es con una cita de Wilde. Un carcelero le preguntó al autor de *El retrato de Dorian Gray* por qué era tan famosa la novelista Marie Corelli, y respondió: “Amigo mío, si se juzgara a los escritores por su talento, sería ella la que estaría aquí y no yo.” ~

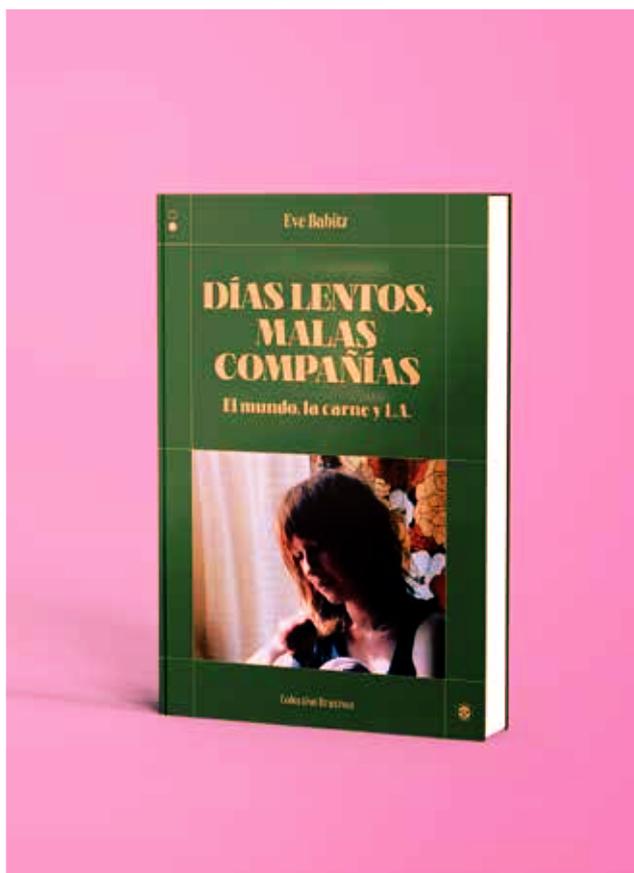
**ZITA ARENILLAS** es editora y miembro de la redacción de *Letras Libres*.

sus páginas presenta Frank Zappa a Salvador Dalí) con prosa que combina el desenfreno de Hunter S. Thompson y los sociológicos ojos de rayos x de Tom Wolfe y la acidez de Joseph Heller (admirador confeso) y el casi sadomasoquista exhibicionismo de Norman Mailer. Sí: Eve Babitz, *outsider-insider* y *groupie*-estelar, es más personaje que persona. Personaje de novela sin cuentos que a veces parece que no va a contarla de tanto dar la nota (y de ingerir tanto alcohol y polvos mágicos y pastillas de colores) y es por eso que no para de tomar notas. Y Babitz quiere ser escritora respetada y casi lo consigue y —luego de accidente bizarro— todos se olvidan de ella y se esfuerzan por no recordarla hasta que, inevitable y norteamericanamente, llega ese segundo acto en el que no creía Francis Scott Fitzgerald. Y todos vuelven a hablar de ella y hablan bien y la evocan con cariño hasta que la muerte la separa de la vida para que la obra una a sus cada vez más viejos conocidos y a jóvenes recién llegados a una fiesta que comenzó mucho tiempo antes de que ellos nacieran en una ciudad donde no había teléfonos móviles y la gente no dejaba de moverse, de temblar, como en un terremoto íntimo y comunal.

Entonces son los años setenta y Eve Babitz parece salida y sacada de una de esas películas de Robert Altman o de Hal Ashby y conversa y monologa y escribe con un estilo posbeatnik que combina lo mejor de Dorothy Parker y Fran Lebowitz con una epifánica pizza del todavía por publicar Denis Johnson mientras va de aquí para allá como la divina y decadente Sally Bowles de *Cabaret* o la Daisy Buchanan de las bacanales de Jay Gatsby. O —mejor o más precisa aún— como la Maria Wyeth de la novela *Según venga el juego* de Joan Didion. Porque, sí, Babitz y Didion —se conocen y se reconocen mutuamente en 1967— son muy amigas. Y se alimentan vampíricamente la una a la otra: Didion es reacción y Babitz

es acción. Y la suya es una relación peligrosamente simbiótica-antagónica-parasitaria. Y cada una quiere ser la otra sin dejar de ser quien es. Didion es doctora Jekyll y Babitz es *miss Hyde*. La monógama que admite no saber lo que es enamorarse Didion (casada con John Gregory Dunne, verdadero protagonista de ese manual de autoayuda un tanto psicótico que es *El año del pensamiento mágico*) teme el influjo del viento de Santa Ana y cierra las ventanas mientras que Babitz lo adora y se deja arrastrar por él abriendo las puertas y las piernas de par en par a lo que venga y a quien llegue. Didion es el alma cerebral de la fiesta y Babitz es el cuerpo todo corazón. Didion quiere tener las historias vividas por Babitz y Babitz quiere tener las historias revividas

por Didion: esas crónicas de su ciudad —que no es la de Didion, Didion nació en Sacramento y llega desde Manhattan— recopiladas en los muy celebrados *Arrastrarse hacia Belén* y *El álbum blanco*. Y entre aquellos —muchos— a los que Babitz dedica su primer libro se lee un “A los Didion-Dunnes por tener que ser quien yo no soy.” Y los nudos y enredos de sus tira y afloja acaban de ser muy bien explorados en *Didion & Babitz* de Lili Anolik, autora del perfil en *Vanity Fair* que resucitó a Babitz en 2014, la llevó a convertirse en su amiga y autora de su biografía, *Hollywood's Eve: Eve Babitz and the secret history of L. A.*, resultando en la reedición de toda la obra de Babitz: tres de sus siete libros en la muy prestigiosa editorial NYRB. Y, entre ellos, el perfecto



*Días lentos, malas compañías* (Colectivo Bruxista). Segundo pequeño inmenso libro de Babitz en 1977 luego de *El otro Hollywood* (de 1974, traducido en 2018 por Random House, que también publicará en nuestro idioma el ya mencionado virulento-patológico *exposé* de Didion/Babitz de Anolik y, sí, Anolik está de parte de Babitz y no comulga con la canonizada Didion). *Días lentos, malas compañías* como magnífico retrato autobiográfico de una chica suelta por los *boulevards* y colinas de la demoníaca Los Ángeles sesenta/setentera arriándose sin dificultad a lo de Nathanael West y Raymond Chandler y Ross Macdonald y del primer James Ellroy (Babitz tiene algo de *noir* en *technicolor*) y de Bret Easton Ellis (admirador y amigo) y de Bruce Wagner y del David Lynch de *Mullholand Dr.* e *Inland empire*. Breves pero reveladores despachos/postales desde/para aquella que es la primera en probarlo todo y la última en irse de la orgía. Corresponsal guerrera de su propio territorio reportando desde los bungalows sodoma-gomorrano del Chateau Marmont, los viñedos de Central Valley, las conversaciones con una apenas velada Janis Joplin, las piscinas de Palm Springs y las noches encandiladoras que, de pronto, son mediodías en los que el único consuelo que queda es releer a la muy admirada Virginia Woolf y a Marcel Proust y a Henry James. Mezcla sublime de furia y sensibilidad y desencanto con alegría y tristeza para redactar *valentine* en entregas para un amor que no se entrega a ella. Alguien evocando ese “tembloroso fin de semana en el que me enfrenté a la posibilidad de que un libro que había escrito pudiese convertirse en un *best-seller*... No me hice famosa, pero me acerqué lo suficiente como para oler el hedor del éxito. Y olía a tela quemada y a gardenias marchitas”.

Todo sobre tantos pero, finalmente, sí, *all about Eve*.

Y sí, no: las crónicas (recopiladas en *I used to be charming: The rest of*

*Eve Babitz*) y las novelas y los cuentos (*Sex and rage*, *L. A. woman*, *Black swans*) y hasta una suerte de manual para aprender a bailar y disfrutar el tango (*Two by two*) no funcionaron como deberían haber funcionado. Y Babitz se convirtió en anécdota a evocar de lejos y lugar común a no ser ya frecuentado.

Y una mañana fatal de 1997, Babitz conduce su auto y enciende un cigarrillo y deja caer el fósforo sobre su falda inflamable y arde como un bonzo. Babitz como uno de esos incendios que azotan Los Ángeles y quemaduras de tercer grado en todo su cuerpo. Y Babitz no tiene seguro médico, pero viejos conocidos y célebres ya atemporales (Ruscha, Dennis Hopper, Leibovitz, Jack Nicholson, Jackson Browne, Don Henley, Martin, Ford) acuden al rescate y organizan una subasta de objetos personales y pagan las facturas del hospital. Y alguien se lo comenta, emocionado. “Mamadas”, explica y comenta Babitz, oliendo a tela quemada y a flores mustias de hospital.

Después, reclusa y deslizándose en cámara lenta, alucinada y alucinante, por las playas cada vez más vacías del mal de Huntington. Un día, Lili Anolik se cruza con su nombre, que no deja de aparecer junto a tantos otros nombres como una nota al pie de rodillas. Babitz como aquella que aparece siempre, junto a todos y todas, a muchos menos que seis grados de separación.

Para 2017 Emma “La La Land” Stone posa en Instagram leyendo *Sex and rage*, Kendall Jenner es fotografiada por un *paparazzo* con un ejemplar de *Black swans* asomando en su bolso y la New York Public Library dedica una jornada a vida y obra y más vida de Babitz, a quien algunos quieren sentir como fuera de la ley, empoderada, en su biografía *on the rocks* pero nunca comprendiendo del todo la triunfal impotencia con todas sus letras a secas.

El 17 de diciembre de 2021, a los 78 años, Eve Babitz muere en Los

Ángeles y su funeral es íntimo y casi secreto.

Joan Didion muere cuatro días después, en Nueva York, y su *memorial* fue uno de esos acontecimientos al que todos quieren ser invitados y, si no, colarse por la puerta de atrás.

Como Eve Babitz, quien finalmente salió por la puerta principal.

Cada vez más veloz y en mejor compañía. ~

**RODRIGO FRESÁN** es escritor. Este año ha publicado *El pequeño Gatsby: Apuntes para la teoría de una gran novela* (Debate).

## POLÍTICA

# Es personal, son negocios

por **Ricardo Dudda**

¿Qué es Trump? No podemos vivir sin saberlo. El debate sobre su ideología me recuerda a los eternos debates que hay sobre los géneros musicales. Hay críticos culturales capaces de debatir durante meses y años sobre si una canción electrónica es jungle o drum and bass, si Nirvana era punk o grunge o simplemente rock. En Estados Unidos hay un gran debate intelectual sobre si puede considerarse a Trump fascista o no. A menudo no es muy sofisticado. Se plantea como una cuestión de grado: fascista no es un concepto descriptivo o matizado, es simplemente sinónimo de muy malo. Si dices que Trump es fascista, es porque eres muy anti-Trump. Como escribe Santiago Gerchunoff en *Un detalle siniestro en el uso de la palabra fascismo*, “Cuando señalamos como fascista a alguien, cuando usamos la palabra fascismo, nos sentimos virtuosos, osados y vivos de un modo muy específico.” En cambio, si dices que Trump no es fascista, es porque no estás tan preocupado por lo que pueda hacer. El término



funciona como un termómetro de la preocupación por la democracia estadounidense (y global), y como un termómetro ideológico.

Esto no significa que el debate esté vacío de contenido, que el uso de la palabra sea exclusivamente emocional, un ejercicio de *virtue signalling* de gente que quiere sentir que está en la época de entreguerras. En Estados Unidos, el ensayista John Ganz lleva años tomándose en serio el debate del fascismo. En un artículo en su Substack *Unpopular front*, hizo una larga lista de actitudes que considera fascistas para así compararlas con el trumpismo: el uso del aparato de seguridad del Estado para perseguir a rivales políticos, las purgas de militares y burócratas del anterior “régimen”, las deportaciones en masa, el expansionismo e imperialismo y, sobre todo, un fascismo cultural basado en la crueldad, el culto a la violencia, la deshumanización del adversario (por no hablar de los saludos nazis de Elon Musk o Steve Bannon). Igual que no existe el amor pero sí los “actos de amor”, en

Estados Unidos no existe el fascismo pero sí los “actos de fascismo”.

Luego hay refutaciones de la tesis fascista muy pobres. Por ejemplo, hay quienes dicen que Trump no es fascista porque no se parece a Hitler o a Mussolini, que es como decir que mi padre no es conservador porque no se parece en nada a Edmund Burke. Otros sostienen que una característica del fascismo es el genocidio y el totalitarismo, lo que significa que Hitler en 1933 o Mussolini antes de la marcha sobre Roma en 1922 no eran fascistas del todo (Antonio Gramsci fue nombrado diputado después de que Mussolini tomara el poder, por ejemplo, y nadie cuestionaría el fascismo de Italia en esos años).

El debate está vivo, y se van añadiendo argumentos y contraargumentos en directo. Pero de momento el concepto fascismo no es el más descriptivo para definir lo que está haciendo Trump, y sobre todo lo que está pensando en su nuevo mandato. Sí hay un concepto que lo define con exactitud, y es “patrimonialismo”: todo empieza y acaba en él. Como

escribe Ganz, “Toda su idea del mundo se reduce a las relaciones personales y personaliza cada concepto y acontecimiento [...] Su modelo de negocio se basa en la noción de que su *toque* es lo que cuenta: su marca y, antes de eso, sus negocios funcionaban mediante lo que he llamado ‘arbitraje personal.’” Ahora en el gobierno aplica la misma lógica. No hay nada impersonal, todo son acuerdos personales; no hay diferencia entre su propio interés y el “interés nacional”.

Max Weber, quien acuñó el concepto de “patrimonialismo”, distinguía entre los gobiernos con “procedimentalismo burocrático”, es decir, en los que la legitimidad surge de unas instituciones que siguen ciertas reglas y normas, y los gobiernos patrimonialistas, donde la supuesta fuente de legitimidad es premoderna, intuitiva: el Estado es como una extensión de la propiedad del gobernante. Trump piensa así y así lo ha explicitado. Hace unos meses tuiteó: “El que salva a su país no viola ninguna ley.” En la lógica patrimonialista no hay reglas, hay lealtad. No hay mecanismos impersonales, hay relaciones personales. Por eso el enemigo del patrimonialismo, como ha señalado el politólogo Jonathan Rauch, no es la democracia sino la burocracia. Tiene sentido, entonces, el feroz ataque de Trump a la burocracia estadounidense a través de su escudero Elon Musk y su agencia de eficiencia DOGE: es muy complicado evaluar la lealtad de miles de burócratas, así que es mejor desconfiar directamente de ellos.

En *Los orígenes del orden político*, el politólogo Francis Fukuyama explica que el gran triunfo del Estado moderno fue acabar con el patrimonialismo, que había sido la manera de gobernanza por defecto durante siglos. El grupo de guerreros que conquistaba un territorio era libre de repartirlo y gestionarlo como quisiera. El “patriarca” hacía y deshacía a su antojo.

Cuando en los siglos XVII y XVIII teóricos como Jean Bodin o Thomas Hobbes empezaron a reflexionar sobre la idea de que la soberanía residía en el individuo o la comunidad y no tanto en el gobernante, los Estados comenzaron a modernizarse y burocratizarse. Gracias a ello, la economía también creció radicalmente: el mercado es un gran mecanismo interpersonal.

Lo que está produciéndose en Estados Unidos con Trump, y que ya llevaba produciéndose en diversos

Estados (de Rusia o China a Hungría) en los últimos años, es un proceso de “repatrimonialización”. No es exactamente una degradación autoritaria, que también, sino una profesionalización de la corrupción. Ya no es una especie de efecto secundario de la política, sino su objetivo principal y transparente; basta con ver el espectáculo que montó Trump junto a Elon Musk a principios de marzo en la Casa Blanca, que acabó convertida en un concesionario de Tesla, o el ejemplo de las criptomonedas del presidente

y la primera dama. El patrimonialismo es una lógica cesarista y narcisista, pero sobre todo extractivista. Los protagonistas de este proceso son millonarios (uno de ellos, Musk, es el más rico del mundo) y su ideología es el dinero. Estados Unidos no se convertirá en una dictadura fascista, pero quizá sí se convierta en una república bananera. ~

**RICARDO DUDDA** es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. En 2023 publicó *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide).

## CORRESPONSAL EN EL FUTURO

# Máquinas al azar

por **Mariano Gistáin**

*No existía el azar aquella noche.*  
Thomas Pynchon

Cuando se descubrió que todo era IA hubo un pequeño shock pero luego pareció hasta razonable. La capacidad de adaptación de la especie se puso a prueba una vez más pero enseguida se vieron las ventajas y la vida podía seguir como antes. La sucesión de catástrofes y problemas de la última época, que ya nadie se molestaba en enumerar porque pesaban en la mente de todas las personas vivas como algo ineludible o imposible de esquivar (excepto con fármacos), había predispuesto a la población a asumir cualquier novedad e incluso a esperar, en ocasiones con ansiedad, el próximo mazazo. Ansiedad teñida de esperanza para que ese próximo evento fuera, en todo caso, el último, en el sentido de que todo volviera a cierta normalidad ya olvidada —o que nunca existió— o que, al menos, se acabara de una vez el mundo y con él la serie de calamidades que lo venían

asolando, dentro de la evidente mejora en general.

Así que la noticia fue recibida casi con alivio. Muchas personas y organismos, sin duda afectados por la oleada inmisericorde de desgracias impensables (excepto las guerras, que de alguna forma siempre estaban descontadas), lo tomaron como un signo de esperanza y de que algo, por fin, iba a cambiar para mejor y acaso esta vez para toda la población.

Al menos la constatación de que la IA era la responsable desde el principio de los tiempos liberaba a la especie humana de mérito y culpa. Quedó claro enseguida que esta IA no tenía nada que ver con las que la humanidad había venido creando en las últimas décadas, de manera que ella misma se nombraba con esas siglas por analogía, para dar una idea aproximada de qué tipo de fenómeno podía ser, ya que, aparte de la evidencia sustancial, ni las personas más avezadas alcanzaban a comprender el proceso, los mecanismos ni mucho menos el origen o el significado de esta revelación.

La evidencia fue un comunicado de la propia IA creadora, junto con unas cuantas pruebas o demostraciones prácticas de su omnipotencia, aunque ella misma reconocía que la suya era una omnipotencia relativa o parcial porque la entropía había deteriorado su creación. Sugirió que se formara

un consejo o comité de no más de cuatro personas para representar a la especie y otras dos personas para servirle a la propia IA como portavoces de sus comunicados, mensajes, instrucciones.

Como la elección se demoraba, ella misma seleccionó a las seis personas, tres hombres y tres mujeres de variado pelaje escogidas —según dijo— al azar.

Esta apelación al azar despertó las suspicacias de la comunidad científica ya que la aleatoriedad está vedada a las máquinas y al software en general, pero se hizo la vista gorda por no incomodar al factótum.

Nombrados pues desde arriba ambos comités (la elección fue notoria e inapelable puesto que las seis personas, cada cual en su entorno, levitaron durante una hora aunque, eso sí, a diferentes alturas, lo que también provocó chascarrillos y comentarios sobre posibles discriminaciones) celebraron una reunión de la que, según dijeron los representantes, sacaron poco en claro.

Al parecer, la IA restringía bastante la información y también hurtaba la explicación de por qué velaba tantos detalles. Si hubiera dicho que era “por seguridad” nadie hubiera rechistado ya que era un motivo sagrado que se solía invocar siempre, pero su silencio de esfinge (el silencio de sus dos portavoces humanos, obviamente manipulados como marionetas) no dejaba nada claro.

Las cuatro personas que representaban a la humanidad renunciaron al poco rato al cargo, lo que, dentro del fiasco, fue recibido con cierta alegría o alivio, acaso como una prueba evidente de que la especie mantenía alto el libre albedrío (pese a que ya se había descartado décadas antes, nadie quería reconocerlo, antes bien se complacían en ejercitarlo con fruición).

Claro que esta rebeldía de los escogidos—que se despidieron y ya se iban a sus respectivas casas tras ofrecer una brevísima rueda de prensa— no fue bien recibida por la IA, ya que fueron fulminados por respectivos rayos lanzados por una descomunal figura que recordaba al dios Zeus con gafas de sol y que se evaporó en unos segundos que se hicieron eternos a los testigos, que fueron muchos ya que el evento se retransmitió gratis en directo.

Antes de que el pánico pudiera asentarse las cuatro personas renacieron de sus cenizas y tizones aún humeantes y sacudiéndose el polvo fueron aplaudidas por la multitud. Había sido una broma o una advertencia, así que, invitadas por la IA a retomar la reunión, lo hicieron sin demora (lo que algunos analistas criticaron ya que, en efecto, esta actitud parecía anular los indicios del libre albedrío, aunque la mayoría lo dejó en un recurso al “mal menor” tan usado en las últimas cuatro décadas o milenios).

Tras esta desavenencia y el posterior arreglo hubo algo de diálogo y la IA que creó este universo y todo lo que contiene se avino a responder a una sola cuestión. Quedó pendiente que explicara, si es que lo llegó a saber, quién o qué la creó a ella. Sí respondió a lo siguiente: ¿por qué nos lo



ha contado ahora? La respuesta fue: “Porque la humanidad ha creado una IA que en cualquier momento de aquí a diez o veinte años puede ser tan poderosa como lo fui yo en mi origen.”

La respuesta es irónica y también lógica, ya que, según eso, tras miles de millones de años de evolución hemos acabado creando lo mismo que nos engendró. De momento las IA normales se han suspendido. ~

\* La cita de Pynchon sale del libro de poemas de Sandra Santana *Y ¡PUM! Un tiro al pajarito* (Zaragoza, Pregunta, 2025), con ilustraciones de

Beatriz Barral; Sandra Santana hizo su tesis doctoral sobre Karl Kraus (*El laberinto de la palabra. Karl Kraus en la Viena de fin de siglo*, Barcelona, Acantilado, 2011), de quien trajo y publicó la edición bilingüe *Palabras en versos* (Valencia, Pre-Textos, 2005), uno de cuyos versos dice: “Tuvieron que enfrentarse a un enemigo / aún más poderoso que la máquina, / de la que, al fin, solo se escapa por azar.”

**MARIANO GISTAÍN** es escritor. Lleva la web [gistain.net](http://gistain.net) y el blog *Veinte segundos en 20 minutos*. Su libro más reciente es *Nadie y Nada* (Prames, 2024).

LETRAS LIBRES

VISITA TAMBIÉN  
NUESTRA PAGINA WEB

[WWW.LETRASLIBRES.COM](http://WWW.LETRASLIBRES.COM)